

¿Podría la Iglesia Católica jugar un papel político mediador entre el Gobierno chileno y la oposición democrática en la transición de este país hacia la democracia?

Creo que la respuesta a ello es negativa por varias razones.

La Iglesia Católica chilena (empleando el término "Iglesia" referido específicamente a los obispos y el clero) está fuertemente abanderizada en lo político. Eso no permite que la ciudadanía la juzgue como actor imparcial al respecto.

La politización de la Iglesia chilena data de antiguo. Desde 1857 y por casi un siglo, ella estuvo oficialmente vinculada al Partido Conservador. Eso favoreció una posición laicista y anti-clerical en importantes sectores de la sociedad chilena, simbolizados - entre otros elementos - por una influyente Francmasonería.

Hacia 1940 surgió un movimiento que más tarde engendraría al Partido Demócrata Cristiano. Inicialmente ese grupo fue una escisión del Partido Conservador y encontró dura resistencia eclesiástica. Pero en la década del 60 el cuadro había cambiado. La Democracia Cristiana reemplazó ampliamente al Partido Conservador en las preferencias clericales.

El período en que el Cardenal Silva Henríquez fue Arzobispo de Santiago (1962-1982) consolidó ese giro. Conforme a su decidido compromiso con el Partido Demócrata Cristiano, dicho prelado apoyó resueltamente al gobierno de Frei (1964-1970), objetó débilmente al de Allende (1970-1973) y combatió duramente al Gobierno militar surgido en 1973.

Sin embargo, la evolución mencionada de la Iglesia chilena en política, registra tres hechos adicionales significativos.

Primero, que desde la década del 40 ella se da en medio de una fuerte división entre los obispos y sacerdotes proclives a la emergente Democracia Cristiana y aquéllos que permanecieron adictos al Partido Conservador, o a quienes ^{lo} sucedieron en posiciones derechistas cuando éste desapareció en 1966.

Segundo, que desde la década del 60 una parte del clero se radicalizó mucho más a la izquierda que la Democracia Cristiana, apoyando el experimento comunista de Allende. Los "cristianos para el socialismo" recibieron incluso una pública reprensión de la Jerarquía eclesiástica chilena.

Tercero, que tras el advenimiento del régimen militar se produjo un nuevo alineamiento de los obispos y sacerdotes chilenos. Mientras una parte de ellos se colocó de inmediato en la oposición, otros han apoyado y continúan apoyando al Gobierno de Pinochet. No son sólo quienes siempre se mantuvieron más próximos a posiciones conservadoras. Se le agregan otros que lo aprecian como un régimen que salvó a Chile de ser otra Cuba y que ha desplegado una vasta obra de progreso, especialmente en favor de los más pobres.

Al mismo tiempo, importantes segmentos del clero han asumido posiciones colindantes con el marxismo. En su prioridad de combatir a Pinochet, no distinguen entre la oposición democrática y la comunista, situándose a veces más próximos a ésta última. No se trata principalmente de formulaciones teológicas ligadas a las corrientes marxistas de la "teología de la liberación", sin perjuicio de sus vinculaciones con ellas. Pero su fisonomía y énfasis se sitúan más bien en un compromiso práctico con el combate político contingente al gobierno militar en todos los campos.

En esta línea, influye decisivamente que alrededor del 45 por ciento del clero que labora en Chile es extranjero y proviene en su mayoría de países desarrollados. Su impacto ante la pobreza de un país en vías de desarrollo ^{muchos de ellos a} los lleva a imaginar erróneamente que el marxismo podría solucionar esa realidad. Es probable que el intento comunista de reivindicar el "allendismo" como aglutinante de la izquierda chilena, reciba un respaldo clerical parecido al del "sandinismo" en Nicaragua.

Actualmente, el Cardenal Arzobispo de Santiago, Monseñor Fresno, y el Presidente de la Conferencia Episcopal, Monseñor Piñera, son personas moderadas y de un espíritu pastoral ajeno a la trinchera política.

Pero si bien en materias doctrinales la Jerarquía chilena es homogénea, ortodoxa y muy fiel a Roma, en lo político se observan posiciones antagónicas muy marcadas entre sus miembros. Si a ello agregamos la aguda división del clero en la materia, queda claro que la Iglesia chilena no sólo carece de la imagen de imparcialidad para jugar cualquier papel político mediador en Chile. Además ella está imposibilitada de hacerlo porque tampoco tiene la unidad interna necesaria para una tarea semejante.

La insistencia del Papa Juan Pablo II para distinguir lo pastoral de lo político-partidista, se aprecia así especialmente valedera para el caso chileno.

En síntesis, cualquier intento político mediador de la Iglesia Católica en Chile tropezaría con serios escollos. Confluirían a no darle viabilidad, los resabios de laicismo anticlerical que subsisten en influyentes sectores de la sociedad chilena, el abanderamiento político eclesiástico que impide una imagen imparcial de obispos y sacerdotes en la materia y las fuertes divisiones que entre ellos se observan en su alineamiento político.